

El arte de vivir, según Jesús y El Libro de Urantia

Por Hubert Gallet

(Publicado en el boletín "Le Lien Urantien" de Invierno 2003-2004)

Este texto es un resumen del discurso presentado el 9 de agosto de 2003 en el Congreso Urantia de Canadá, que intenta dar, a partir de la Vida de Jesús de El Libro de Urantia, un modo de vivir la vida que concilia nuestra sed de espiritualidad con nuestras restricciones materiales.

Introducción

Jesús no vino a la tierra para imponernos lo que era, sino para vivir su vida de la mejor manera posible y para mostrarnos un camino, creer en un alto ideal e inspirar, de este modo y con dulzura, un arte de vivir fundamentalmente innovador, en un mundo asolado en aquel entonces por el mal.

Sin embargo, su vida ha sido de las más difíciles: *"Ningún adolescente que haya vivido o que pueda vivir alguna vez en este mundo o en cualquier otro mundo ha tenido ni tendrá nunca que resolver problemas más graves o desenredar dificultades más complicadas"* (1395:2). De este modo, a la edad de 14 años, tras haber perdido a su padre José, tuvo que ganarse la vida como carpintero para atender las necesidades de su numerosa familia. Tuvo que conocer la humildad, la mayor pobreza, el sentido del deber, de la disciplina, de la responsabilidad y de la solidaridad familiar. Más tarde vivió principalmente como instructor, aunque pobremente, como un nómada sin domicilio fijo. Y terminó su existencia crucificado como el peor de los criminales.

Sin embargo, Jesús respiraba armonía y serenidad. Tenía un dinamismo galvanizante y un entusiasmo ilimitado. Tenía un inmenso carisma y, a pesar de las vicisitudes que tuvo que afrontar, repartía bien, consuelo y amor a su alrededor. En esta contradicción aparente entre una vida material estresante y un comportamiento radiante y tranquilo hay que buscar el arte de vivir de Jesús.

¿Cómo consiguió mostrar Jesús un gran arte de vivir en un entorno tan difícil? Él nos dijo que, para comportarse bien en la vida, es necesario ante todo ser recto: *«En el reino, tenéis que ser rectos para hacer el trabajo.»* (1584:4).

1. Ser recto

1.1. Jesús restablece en cada uno de nosotros el ser, el auténtico ser

Para muchos, nuestro ser ha sido, desde nuestra más tierna edad, el objeto de múltiples condicionantes que nos obligan a esto, nos prohíben aquello, nos ordenan a comportarnos de una manera determinada según las circunstancias. Hemos sido identificados desde fuera y de alguna manera, con un rol, un oficio,

o una función que la familia o la sociedad nos ha asignado. Pero, cuando ese rol desaparece, el ser se viene abajo. Y son numerosos los casos de desesperación, de depresión, de dramas. Esto sucede porque nuestra sociedad da demasiada importancia a lo que hace el hombre, su estatus social, su fortuna, etc., y no valora lo que es, sus valores profundos. Jesús pone las cosas en su sitio privilegiando el ser sobre la función.

Efectivamente, él nos enseña que hay dos realidades a las que no podemos escapar: Dios y nosotros mismos. Allá donde vayamos, nos llevamos a nosotros mismos y nos llevamos a Dios, que está en nosotros. Por tanto, no intentemos engañarnos y hagamos frente a esta doble realidad de nuestro ser. Y, puesto que tenemos el don de tener siempre a Dios dentro de nosotros bajo la forma de su Ajustador, tengamos el deseo de asociarnos a él plenamente, pues esta asociación de nosotros mismos con Dios es natural: es el don de filiación espiritual, que acaba de completar y ennoblecer nuestra filiación material procedente de un padre mortal.

Pero, ¿cómo hacer vivir en nosotros esta filiación con Dios Padre? De entrada abriéndonos a él, de corazón y de espíritu, y después comprendiendo que somos sus niños; en definitiva, tomando conciencia de su existencia en nosotros y a nuestro alrededor. Este proceso puede ser difícil, y nos lleva a aceptar que las seguridades materiales y temporales son vulnerables y transitorias, mientras que las realidades espirituales son invulnerables y eternas. Puede llevarnos muy lejos pues *«para un creyente en el reino que conoce a Dios, ¿que importa si todas las cosas terrenales se derrumban?»* (1096:4). Una vez se ha establecido esta toma de conciencia, Dios vuelve a existir para nosotros mismos y en nosotros mismos, pero esta vez, contrariamente a lo que vivimos cuando somos niños, comprendemos lo que ello significa. Además de haber nacido materialmente, hemos nacido espiritualmente y porque así lo hemos deseado. Hemos nacido de nuevo.

1.2. La filiación divina reencontrada nos vuelve rectos

Estando de este modo religados al Padre, podemos buscar armonizarnos con él, y procurar, como Jesús nos propone, amarle como un hijo ama de forma natural a su padre. Pues de la misma forma que el amor es el sentimiento más extendido entre nosotros los humanos, del mismo modo, en el universo de universos, el amor es la relación suprema, la más grande de las realidades espirituales. Eso quiere decir también que nos religamos a Dios nuestro Padre por la fe, que hemos depositado en todo momento toda la confianza en él. Esta relación de filiación, de amor y de fe significa en definitiva que el Padre, como un padre humano, nos escucha y nos ayuda, si queremos dirigirnos a él, y que también nos da confianza. Nuestro ser se dirige hacia Dios, se vuelve recto, cándidamente, como si fuéramos niños.

En esta relación de filiación, el niño que somos en relación con Dios se forja, se desarrolla, se refuerza por la fe que tenemos en él, y se libera por la fuerza que aquélla le aporta. Esta fuerza repele nuestros pensamientos falsos, negativos, nuestros prejuicios, bloqueos, inhibiciones, estrés y ansiedades. Jesús dijo a Juan y Santiago al respecto: *“No os preocupéis por las cosas que alimentan vuestra ansiedad, sino más bien interesaos solamente, en todo momento, en hacer la voluntad del Padre que está en los cielos”* (1525:3). Su lema era: *“No temáis”*. Así, la fe generada por nuestra filiación con Dios nos libera, libera la actividad suprahumana divina que reside en nuestra mente humana. Liberando las fuerzas espirituales que hay en nosotros, la fe nos cura: *“Tu fe te ha curado”*, dijo Jesús a Verónica, a la que acababa de salvar (1698:3).

También hemos surgido de la evolución animal, de la que hemos heredado una dominación casi completa sobre nuestra mente de los modelos energéticos y de las fuerzas químicas propias de nuestra orden de humanos. Según el LU *“Sólo tan pocos mortales son verdaderos pensadores; vosotros no desarrolláis ni disciplináis espiritualmente a vuestras mentes hasta el punto de realizar un enlace favorable con los Ajustadores divinos.”* (1213:1). Además, dependemos de nuestros instintos básicos y de nuestros deseos animales pues *“antes de renacer del espíritu, el hombre mortal está sujeto a las malas tendencias inherentes a su naturaleza”* (1660:5). Y si estas tendencias no pueden ser cambiadas, nuestras reacciones a esas tendencias pueden ser mejoradas gracias a nuestra unión con Dios por la filiación vivida. En un carácter fuerte, las reacciones emotivas están integradas y coordinadas, lo que produce una personalidad unificada (1572:8). En este sentido, Jesús nos propone sustituir nuestras tentaciones por líneas de conducta superiores e idealistas, y esto sin conflictos interiores deprimentes, dulcemente (1739:0).

En definitiva, nuestra naturaleza nos hace tender a la indolencia y a creer a pies juntillas en la moralidad, las ideologías o las creencias que nos prometen el paraíso a condición de aceptar pasivamente sus reglas de vida. La relación de filiación divina nos permite liberarnos también de estos reclutamientos, y de confortarnos con nuestro libre albedrío; nos empuja a expresarnos, a realizarnos en la función de creación de la que Dios nos ha dotado; en pocas palabras, a hacer justicia.

2. Hacer justicia

El entorno político y social actual no nos incita sin embargo a comportarnos justamente. Atizados por la codicia, la avidez o la sed de poder, sometidos a sus instintos más bajos, muchos continúan desencadenando guerras y daños sin fin. Para luchar contra esto, las religiones y otras instituciones tienen definidas sus propias concepciones del bien y su puesta en práctica, todo un suplicio de reglas morales, de tradiciones y de ceremonias, aplastando a veces con su paso a los individuos.

2.1. La teoría según Jesús

Al inicio de su vida pública, Jesús propuso simplificar todo esto diciendo que la totalidad del deber de los hombres se resumen en un único mandamiento: *“Ama al Señor tu Dios con toda tu mente y con toda tu alma, y a tu prójimo como a ti mismo”* (1805:5). Él sugirió ponerlo en práctica aplicando como regla de vida el *“tratar a todos los hombres como concebimos que Dios los trataría”* (1651:3), fórmula que tiene la enorme ventaja de englobar reunidos los dos conceptos fundamentales de Paternidad espiritual y de fraternidad humana.

Puesto que, tanto en la vida de aquella época como en la vida actual, el mayor problema está en discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso, en hacer la elección correcta, ciertos actos decididos en nombre del bien pueden desembocar en mal, debido a circunstancias no previstas, a la ignorancia, a un análisis insuficiente, etc. Para hacer la elección correcta, es necesario sin duda apoyarse en nuestra experiencia, en nuestra razón, y en una moral sólida. Pero para Jesús, es necesario también poner nuestra vida cotidiana en armonía con la voluntad del Padre. Según el LU, esto no significa abandono, sino más bien una expansión, una glorificación de nuestra voluntad. No es una negación de ésta, sino una afirmación: *“Es mi voluntad que se haga tu voluntad”* (1221:7).

Para conocer la voluntad del Padre, Jesús tenía la costumbre casi permanente de rezar, como dice El Libro de Urantia, de *“permanecer algún tiempo en un estado de receptividad silenciosa para proporcionar al espíritu interior las mejores posibilidades de hablarle al alma atenta. El espíritu del Padre le habla mejor al hombre cuando la mente humana se encuentra en una actitud de verdadera adoración”* (1641:1). Esto es lo que debemos intentar practicar. Muchos aplican esta técnica de oración-adoración, en particular a través de la meditación, lo que tiene además la ventaja de aportar energía y descanso. Más precisamente, *“al igual que la oración se puede asemejar a la recarga de las baterías espirituales del alma, la adoración se puede comparar al acto de sintonizar el alma para captar las emisiones universales del espíritu infinito del Padre Universal”* (1621:7).

Jesús tenía también la costumbre de retirarse en soledad a las montañas para estar todavía más cerca del Padre cuando tenía que tomar decisiones importantes.

Una vez hecha la elección, ¿sobre qué criterios nos basaremos después para estar seguros de que no nos hemos equivocado?. Después, se puede considerar que *“una experiencia es buena cuando eleva la apreciación de la belleza, aumenta la voluntad moral, realza el discernimiento de la verdad, aumenta la capacidad para amar y servir a nuestros semejantes, exalta los ideales espirituales y unifica los supremos motivos humanos del tiempo con los planes eternos del Ajustador interior”* (1458:2).

2.2. La práctica según Jesús

Jesús ponía tanto cuidado en enseñar como en vivir sus enseñanzas manifestando en todas partes sus talentos y sus cualidades en una gran devoción al servicio de sus semejantes, bajo todas las formas posibles, yendo del consejo útil y reconfortante hasta la curación.

Para él, lo esencial de la vida reposa en las relaciones con los demás y con Dios. Para El Libro de Urantia, sólo cuentan las relaciones entre personalidades pues *“mucho de la experiencia material desaparecerá como antiguos andamios que, habiéndote ayudado a pasar al nivel morontial, ya no tienen un propósito en el universo. Pero la personalidad y los enlaces entre personalidades no son jamás andamios; la memoria mortal de las relaciones con las personalidades tiene valor cósmico y persistirá.”* (P.1235:4).

Jesús nos ha mostrado el camino. De pequeño vivió como un hermano amigable y atento. Cuando, de joven, tuvo que sustituir a su padre José, aprendió a convertirse también en un padre amante. Para sus siete hermanos y hermanas, era el “padre-hermano” que les elevaba y les guiaba lo mejor posible. Además, frecuentó desde temprana edad a numerosas personas de orígenes diversos, se enfrentó a múltiples situaciones y experiencias, y viajó mucho. De este modo, aprendió rápidamente que lo más importante en la vida, tras nuestra filiación con el Padre, era nuestra relación de fraternidad con nuestro hermano, el hombre. Tenía una consideración y un respeto constante por todos los seres humanos, sin importar la raza ni el estatus social que tuvieran. Fue el primero en decir que se debía dar a las mujeres los mismos derechos de los hombres, y las reclutó como evangelistas al mismo nivel que éstos. Perdonó a sus enemigos y no opuso resistencia a la agresión. No acusaba al pecador, pero condenaba el pecado.

“Era un educador positivo de la verdadera virtud. Evitó cuidadosamente el método negativo de impartir la enseñanza; rehusó darle publicidad al mal. No era siquiera ni un reformador moral” (1582:2). Sus escasas condenas iban dirigidas contra el orgullo, la crueldad, la opresión y la hipocresía. Prodigaba tacto y tolerancia, una bondad activa y espontánea, un amor natural, *“ampliaba el concepto de vecindad hasta incluir al mundo entero, convirtiendo así en prójimos a todos los hombres”* (1580:6).

En la vida civil, Jesús recomendó ser prudentes y discretos, llegando incluso a decir: *«Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.»* (1580:4). Era partidario de una evolución progresiva de la sociedad, no de una revolución militante. Jesús no era un sociólogo y respetaba las leyes y las normas civiles. Lo más parecido a una declaración sociológica fue: *«No juzguéis, para que no seáis juzgados.»* (1580:7). Decía a sus apóstoles: *«Sed tan prudentes como las serpientes, pero tan inofensivos como las palomas.»* (1580:8).

Su filosofía social estaba centrada en la familia, célula básica de la sociedad. *“Alabó la vida familiar como el deber humano más alto, pero indicó claramente que las relaciones familiares no deben interferir con las obligaciones religiosas. Llamó la atención sobre el hecho de que la familia es una institución temporal, que no sobrevive a la muerte. Jesús no dudó en abandonar a su familia cuando ésta se opuso a la voluntad del Padre. Enseñó la nueva y más amplia fraternidad de los hombres – los hijos de Dios”* (1581:1).

En este sentido, poco antes del acto de amor supremo de la crucifixión, armonizó su palabra con sus gestos al dar, como resultado de sus enseñanzas precedentes y de toda su vida terrestre, su nuevo mandamiento: *“Que os améis los unos a los otros como yo os he amado”* (1944:4).

Conclusión

Si Jesús estuviera aquí hoy en día, rechazaría seguramente tomar partido en las disputas políticas, sociales o económicas actuales. Se quedaría sin duda en la reserva al pedirnos ante todo perfeccionar nuestra vida interior para dedicarnos a resolver nuestros problemas humanos.

Podría decirse, para resumir, que la aplicación de su enseñanza en nuestra manera de vivir consiste más bien en expresar de la mejor forma posible la experiencia espiritual interior de nuestro ser, una vez éste decide hacer la voluntad del Padre; en particular, manifestando una adoración sincera a Dios y un servicio amante a nuestros semejantes.

(Traducido del francés por Olga López)